

Almas muertas, Nikolái Gógol

(Barcelona, Círculo de Lectores, 2015)

Preciso es añadir aún que las damas de la ciudad de N. se distinguían, a semejanza de muchas damas petersburguesas, por la extraordinaria cautela y conveniencia de sus palabras y expresiones. Jamás decían: «Me he sonado», «he sudado» o «he escupido», sino «me he aligerado la nariz», «me he servido del pañuelo». De ningún modo podía decirse: «Este vaso o este plato huele mal». Ni siquiera cabía decir nada que hiciera alusión a ello; en su lugar decían: «Este vaso se comporta mal» o algo por el estilo. Para ennoblecer todavía más el idioma ruso, dejaban de usar en la conversación casi la mitad de las palabras, motivo por el cual con mucha frecuencia había que recurrir a la lengua francesa, y cuando se hablaba en francés, el panorama ya era distinto: entonces se permitían el uso de palabras mucho más fuertes que las citadas.

(pp. 228-229)